

LA EDUCACIÓN FÍSICA DEL CABALLERO MEDIEVAL

Physical education of the medieval knight

Buenaventura DELGADO
Universidad de Barcelona

RESUMEN: Los ejercicios y habilidades físicas exigidos al caballero medieval fueron semejantes a los que se pedían al militar espartano, ateniense y romano. Debían ser ágiles, fuertes, rápidos y diestros en el manejo de las armas a pie y a caballo.

Tan importante como una buena forma física era conocer la Historia cantada por ayos y juglares en los momentos de ocio, a través de la cual se familiarizaban con las tradiciones, leyendas, héroes nacionales y los paradigmas que distinguían a un pueblo de otro. El abanico de héroes alabados y ensalzados de generación en generación eran otros tantos modelos destinados a troquelar la personalidad colectiva de cada pueblo.

San Isidoro de Sevilla, Ramón Llull, el rey Alfonso X el Sabio y Don Juan Manuel son los principales escritores interesados en ensalzar la figura del caballero y su educación. En los siglos XII, XIII, XIV y XV, e incluso en pleno renacimiento, se practican juegos físicos de exhibición, en los que los caballeros buscan la fama y la fortuna: justas, torneos, juegos de tablados, juegos de cañas y pasos de armas, llamados también «pasos honrosos», se practican con gran aceptación popular en la Europa occidental, en la central, en el Imperio Bizantino y en el mundo musulmán.

ABSTRACT: The medieval knight was required to perform the same physical exercises and have the same capabilities as Spartan, Athenian and Roman soldiers. They had to be agile, strong, fast and able to use weapons on foot as on horseback.

To be physically fit was as important as knowing history as explained by tutors and sung by jugglers in moments of leisure during which they learnt of legends, national heroes and the paradigms that distinguish nations. All the heroes praised through generations provide models shaped the collective personality of entire peoples.

San Isidoro de Sevilla, Ramón Llull, King Alfonso X the Wise and Don Juan Manuel were the principal writers to exalt the figure of the knight and his education. During the XII, XIII, XIV and XV centuries and including the Renaissance, there were exhibitions of physical games, during which knights sought fame and fortune: jousts, tournaments, staged games, games using canes and processions of arms called «pasos honrosos» were undertaken with popular enthusiasm in Western and central Europe in the Byzantine Empire and throughout the Moslem world.

LA formación del caballero o militar de cierto rango en la Edad Media no fue distinta a lo que había sido en siglos anteriores. Los ejercicios y habilidades exigidos al soldado ateniense, espartano, persa, romano y medieval fueron semejantes. Basta hojear los distintos tratados para comprobarlo. De Homero a Jenofonte las distintas paideias presentan parecidos ejercicios tendentes a lograr los mismos objetivos: agilidad, fuerza, rapidez, destreza en el manejo de las armas a pie y a caballo.

Griegos y persas recomiendan el ejercicio de la caza, la equitación y en ocasiones la navegación. Otro tanto acontece en la Edad Media en las diferentes culturas tanto cristianas como musulmanas.

Dos eran las materias más importantes en la formación del caballero medieval: la historia y la educación física. En la historia cantada por ayos y juglares se recogían las tradiciones, las leyendas, los héroes míticos y el ethos que distinguía a un pueblo de otro. El abanico de héroes transmitidos de generación en generación eran otros tantos paradigmas, que troquelaban la personalidad colectiva, en sus distintas clases sociales, y la distinguía de los demás. Los héroes nacionales transmitían unos valores que todos aceptaban, para imitarlos o para admirarlos.

1. El precedente de San Isidoro

El amor a la historia se remonta en España a los tiempos de San Isidoro de Sevilla, autor de un opúsculo sobre la educación de los príncipes, cuya paternidad se ha discutido, en el que se insiste en la importancia de los cantares de gesta, en los que se ensalzaba las hazañas de los antepasados, costumbre propia de los pueblos godos y germanos. En este tratado se dice lo siguiente:

Sed magis praecinere carmina maiorum quibus auditores prouocati ad gloriam excitentur¹.

Es la misma idea expresada por Platón en su *República*, según la cual, los futuros soldados deberán oír cantar las gestas de los antepasados, a fin de estimularse mejor para la gloria. Otro tanto hicieron los romanos, los musulmanes y aconseja hacer Alfonso el Sabio en la segunda *Partida*, tít. XXI, ley XX².

La importancia de la educación física del caballero es evidente. Podía ser ignorante, zafio y analfabeto, pero no torpe en el manejo de las armas, o con una constitución física deficiente. Un rey de León perdió su corona porque su obesidad le impedía montar a caballo. Marchó a Córdoba, se sometió a régimen de adelgazamiento y pudo montar a caballo, recuperando con ello su corona.

El programa previsto por San Isidoro en la obra mencionada es el más extenso de la etapa medieval hispánica. Pide que la educación física sea capaz de configurar una «adecuada figura varonil de los miembros, un cuerpo endurecido y brazos podero-

¹ ISIDORUS, *Institutiones disciplinae*. Reproducido y comentado por José MARTÍNEZ VÁZQUEZ, «Sobre el origen hispano-visigodo de las Institutionum disciplinae», en *Faventia* 1 (1979) pp. 35-36.

² Ver B. DELGADO, «La educación del caballero en la Edad Media», *Las abreviaturas en la enseñanza medieval y la transmisión del saber*. Barcelona, Publicacions Universitat de Barcelona, 1990, pp. 339-345.

sos», a la vez que un «ánimo esforzado». Para ello habría que acostumbrar al futuro caballero a subir y bajar montañas, a navegar y remar, a luchar, a correr y a saltar, a lanzar la jabalina, a montar a caballo y a cazar, actividad muy semejante a la militar y practicada a lo largo de los siglos, como la mejor manera de mantenerse en forma.

2. La caballería durante los siglos XI-XIII

La irrupción de la burguesía rompió el viejo esquema social de *oratores*, *aratores* y *bellatores*. En Francia, Inglaterra, Alemania y España aparecieron bandas de *iuvenes* caballeros recién armados, que vagan de un sitio para otro en pandillas, en busca de aventuras, fama y riquezas, que les conduzcan a un matrimonio ventajoso y una situación económica estable. Ser caballero como los nobles será el título más apreciado por la «gente nueva urbana»³.

Estas cuadrillas facciosas de caballeros nómadas se convirtieron en un auténtico peligro público, que obligó a la Iglesia a intervenir y a suavizar las costumbres de los caballeros. Superado el siglo X —llamado el siglo de hierro de la Iglesia y los terrores milenaristas—, el gran papa Gregorio VII tomó una serie de iniciativas reformistas, apoyándose en la poderosa orden benedictina, a la que él mismo pertenecía. La caballería también fue reformada, cambiando poco a poco de mentalidad y de costumbres. Las cruzadas fueron una solución para canalizar el afán de aventuras y las energías sobrantes de los caballeros.

En el *De laude novae militae* de San Bernardo, se distinguen dos tipos de caballería: la caballería secular y la caballería eclesiástica, a la que pertenecen los templarios y otras muchas órdenes religiosas, que se dedican al ejercicio profesional de militares ligados con votos canónicos. «La muerte en batalla —dice— es mucho más preciosa y gloriosa», «y si la causa del que lucha es buena, el éxito está asegurado»⁴. No cabe duda alguna que los cristianos repitieron e imitaron las razones y promesas teológicas que llevaron a los musulmanes a la guerra santa.

El sermón del papa Urbano II en el concilio de Clermont (1095), en vísperas de la primera cruzada, enumera con toda crudeza la lista de los desmanes cometidos por esta caballería pendenciera que asiste al concilio:

«Despedazáis a los demás y os destruíis entre vosotros. Abusáis de los menores y robais a las viudas; sois homicidas, sacrílegos y conculcadores del derecho ajeno; derramáis la sangre de Cristo para robar y para cobrar un salario; así como los buitres huelen los cadáveres, vosotros observáis y seguís las guerras de tierras lejanas (...). Más razón hay para luchar por vuestra Jerusalén que los antiguos judíos y para que luchéis y expulséis a los turcos, que son más abominables que los jebuseos (...). Es hermoso morir por Cristo en la misma ciudad en que Cristo murió por vosotros»⁵.

³ Franco CARDINI, «El guerrero y el caballero», en Jacques LE GOFF, *El hombre medieval*. Madrid, Alianza Editorial, 1990, pp. 102-103.

⁴ ML 182, col. 922.

⁵ ML 151, col. 567.

En otra arenga pronunciada en el mismo tono les dice el papa:

«Marchad y el Señor estará con vosotros. Volved las armas que ilícitamente usásteis en vuestros crímenes contra los enemigos de la fe y el nombre de Cristo. Purificad vuestros hurtos, incendios, rapiñas, homicidios y todo lo que aparta del reino de Dios y provoca la ira divina, en su servicio, a fin de que estas buenas obras merezcan el rápido perdón a vuestros delitos»⁶.

La intervención de la Iglesia puso cierto freno a los desmanes de los caballeros y suavizó la barbarie y crueldad de su comportamiento: cruzadas, treguas y juicios de Dios, intervención en la ceremonia de investidura del caballero y en su juramento, canalización hacia causas justas (servicio a la Iglesia, a la república y a los débiles) fueron otras tantas iniciativas beneficiosas. En recompensa se dota a los caballeros de grandes privilegios y se codifican sus derechos y obligaciones, tal como se indica en el *Polycratus* de Juan de Salisbury.

El mundo del caballero dio lugar a una extensa literatura en la que se ensalza su figura, se cantan sus hazañas y se tipifica la formación pedagógica que desde pequeño ha de adquirir. Intentaré presentar los autores y textos más significativos relativos a la educación física, dejando de lado el ejercicio de la caza, que extendería más de lo razonable este trabajo.

3. Las escuelas de caballeros

La palabra «escuela» en los siglos XIII-XIV, significa, además de lugar donde se va a aprender, el grupo o séquito de un señor. En algunos casos la *schola palatina* no es sino la corte y seguidores de un caballero. Esta *schola* podía ser de rey o de caballero. En ambas se educaban los futuros caballeros, los criados, las dueñas, administradores, etc.. Por debajo de los reyes y de los *ricos omnes*, existía una segunda nobleza llamada en Castilla *infanzones* y en Aragón *mesnaderos*⁷, que solían educar en su casa a algunos escuderos. El Cid pertenecía a esta clase social y educó en su casa a Muño Gustioz⁸ y a otros muchos jóvenes⁹.

Ramón Llull propuso en vano la creación de escuelas de formación de caballeros, en las que se impartiese una adecuada educación cristiana, literaria y militar, intentando casar las armas con las letras y evitando con ello que los caballeros fueran tan incultos respecto a los letrados. Si estos tenían bien organizadas sus escuelas y universidades, ¿por qué no debían tenerlas también los caballeros?

De acuerdo con el esquema gremial, los caballeros siguieron aprendiendo su profesión como el resto de los profesionales, al lado de un maestro en ejercicio, en su caso al lado de otro caballero.

⁶ Ibid. col. 570.

⁷ Unos y otros «son caualleros que de luengo tienpo et por sus buenas obras fizieron les los sennores mas bien et mas onra que a los otros sus eguales; et por esto fueron mas ricos et mas onrados que los otros caualleros. Et los que son dichos infanzones derecha mente son de solares ciertos. Et estos casan sus fijax con algunos de aquellos ricos omnes que desuso vos dixi» (Juan MANUEL, *Libro de los estados*, I, cap. XC, Edición de J. Manuel BLECUA, Madrid, Gredos, 1982, I, p. 388).

⁸ *Cantar de Mio Cid*, v. 737 y 2902.

⁹ Ibid., v.2514

Era costumbre entre los nobles, incluídos los reyes, confiar a sus hijos varones a un ayo o pedagogo, caballero respetable y leal a su señor, que se dedicaba a educar a un grupo de muchachos llamados donceles o escuderos. Las *Partidas* enumeran las principales virtudes que debe tener el escudero: limpieza, apostura, fortaleza y crueldad en el campo de batalla¹⁰.

En el *Libre qui és de l'Orde de Cavalleria* (1275), transmite su autor Lull el código de conducta del caballero, los valores y las misiones que por su profesión le competen. Sin duda es el tratado más importante de su género en la península por varias razones: por su antigüedad, por su extensión y por haber influído en autores posteriores que escriben sobre el mismo tema, sobre todo, en el rey Sabio y en el infante Don Juan Manuel.

Estas son las actividades físicas que debe practicar el caballero, según el sabio pedagogo mallorquín:

*Deu córrer cavall, bornar, lançar a taulat, anar ab armes, torneis, fer taules redones, esgrenir, caçar cervos, orses, senglars, leons, e les otres coses semblants a aquestes que són ofici de cavaller; car per totes aquestes coses se acostumen los cavallers a fets d'armes e a mantenir l'orde de cavalleria*¹¹.

Los distintos ejercicios podían hacerse con o sin armas, a pie o a caballo. Cuando se hacían con armas, éstas podían ser a ultranza (*à outrance*), es decir, armas reales, o «armas cortesés» (*à plaisance*), ésto es, con espadas romas, lanzas sin puntas de hierro, etc., pensadas para no herir al antagonista.

En el *Cantar de Mio Cid* se dice «tener las armas» y «jugar las armas», refiriéndose al ejercicio o juegos de exhibición. En este segundo caso hay una fiesta o acontecimiento que celebrar¹², una persona importante a la que festejar¹³ o despedir¹⁴. En una ocasión exclama el autor entusiasmado:

«Dios, qué bien tovieron armas el Cid e sos vasallos! Tres caballos comeó¹⁵ el que en buen ora nascó»¹⁶.

Además de estos ejercicios que se hacen por su directa relación con la actividad guerrera, había otros muchos juegos que se hacían por su exclusiva dimensión lúdica y que podían ser realizados por todas las clases sociales. Aparecen recogidos en el *Libro de los juegos* de este monarca (1283), según veremos enseguida.

4. La aportación de Alfonso el Sabio

El rey castellano transmite en sus distintas obras el ideal de caballero encarnado en su padre Fernando III. He aquí un texto en el que se enumeran las habilidades

¹⁰ *Partida* II, Tít. XXI, Ley XIII.

¹¹ R. LLULL *Obras essencials*, Barcelona, Editorial Selecta, 1957 I, p. 531.

¹² V. 1602 y 2243

¹³ V. 2887 y 2896

¹⁴ V. 2613 y 2687. Estas observaciones se deben a R. Menéndez Pidal, en su edición, introducción y notas del *Poema de Mio Cid*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, p. 193, nota 1577.

¹⁵ Cambió.

¹⁶ Versos 2243 y 2244.

propias del caballero: Tras afirmar que era mañoso en todo lo necesario del caballero, dice:

«El ssabíe bien boffordar e alañçar e tomar armas e armarse muy bien e mucho apuestamente. Era muy sabidor de caçar toda caça; otrosí de jugar tablas e ascaques e otros juegos buenos de muchas maneras; e pagándose de omnes cantadores e sabiéndolo él ffazer; et otrosí pagándose de omnes de corte que ssabían bien de trobar e cantar, e de joglares que ssopiesen bien tocar estrumentos; ca desto sse pagaua él mucho e entendía quién lo ffazían bien o quién non»¹⁷.

Sin duda esta afición a la música y al canto y a la poesía la heredó su hijo Alfonso. El *Libro de los juegos* se escribió en Sevilla, en 1283. Los hombres, nos dice el autor de las *Cantigas*, han inventado «muchas maneras de iuegos et de trebeios con que se alegrassen»¹⁸. Unos son juegos a caballo, otros a pie y otros sedentarios.

Juegos a caballo

- cabalgar
- boffordar o bohordar¹⁹
- alancear con escudo y lanza
- tirar con ballesta o arco
- otros

Juegos a pie

- esgrimir
- luchar
- correr
- saltar
- lanzar piedras o dardos
- pelota
- otros

Juegos sedentarios

- ajedrez
- tablas
- dados

Todos los juegos han de producir alegría sin excluir aquellos que se realizan para fortalecer los músculos. Todos los juegos, añade el rey son muy buenos, cada uno en su tiempo y en su lugar conveniente. Los sedentarios poseen la ventaja de que los pueden realizar las mujeres que viven encerradas y los hombres viejos y flacos, los prisioneros y cautivos, los marineros, etc..

Al referirse el rey al juego de pelota dice escuetamente «ferir pelota». «Ferir», en los diversos textos que recoge Martín Alonso en su *Diccionario Medieval Español* ²⁰,

¹⁷ ALFONSO EL SABIO, *Setenario*. Edición e introducción de Kenneth H. Vanderford. Estudio preliminar de Rafael Lapesa. Barcelona, Edit. Crítica, 1984, p. 13.

¹⁸ En R. MENÉNDEZ PIDAL, *Crestomatía del español medieval*. Madrid, Gredos, 1966, II, p. 249.

¹⁹ Lanzar a un tablero la lanza.

²⁰ Universidad Pontificia de Salamanca. Salamanca, 1986, II, p. 1136.

tiene el significado de golpear y pegar. ¿De cuántas maneras se podía golpear la pelota?, o dicho de otro modo, ¿cuántos juegos se hacían con pelota?

Uno de ellos era el beisbol, como se recoge en el *Libro de Apolonio*, escrito hacia 1250. Como es sabido se trata de una novela de aventuras de tema oriental escrita por un autor anónimo del mester de clerecía, para el público castellano de la época. Apolonio, futuro rey de Tiro, es uno de tantos héroes en el que tienen su nido todas las virtudes: valentía, justicia, lealtad, cultura, cortesía y espíritu deportivo. Un día juega a la pelota con otros donceles, demostrando gran habilidad, como si hubiera aprendido el juego desde niño:

«La hacía ir derecha si la da con el palo,
cuando la recibía no sale de su mano;
era para el deporte ágil, era liviano.
Cualquiera entendería que no era villano»²¹.

El rey, que era «de buenas mañas» y buen deportista, lo ve jugar:

«Miró a todos y a cada uno cómo jugaba,
cómo da a la pelota, cómo la recobraba;
vio entre la muchedumbre que espesa caminaba
que toda la ventaja el pobre la llevaba»²².

5. Justas y torneos

Las justas y los torneos se hacían en campo acotado ante unos jueces, un público apasionado y de acuerdo con unas normas establecidas de antemano. La justa era una pelea o combate entre dos caballeros a caballo con lanza. Los torneos solían ser batallas con mayor número de participantes. Eran juegos de naturaleza militar en los que se utilizaban armas de madera²³, sin espada ni lanza y con el vestido ordinario. Probablemente «el torneo nació pronto, como forma de preparación para la guerra (...). El torneo inunda la literatura caballerisca con las nubes de polvo levantadas por los cascos de los caballos, con los gritos de los participantes, con el clamor del público, con las llamadas de los heraldos, con el fragor de las armas que chocan y de las lanzas que vuelan hechas pedazos hacia el cielo»²⁴.

En estos ejercicios de exhibición ante un público amante de la fiesta y enamorado de sus héroes combatientes, nunca faltaba la carrera de velocidad con caballos ligeros. Es el *córrer cavall* de Llull y las carreras del Cid con Babieca ante las murallas de Valencia, en honor de Doña Jimena y sus hijas, o ante Alfonso VI y su corte, en los prados de Burgos, ante la admiración de todos.

Los torneos no siempre se desarrollaron con deportividad. Debió haber juego sucio, venganzas, rencillas, violencia y accidentes mortales. Los abusos obligaron a in-

²¹ *Libro de Apolonio*, estrofa 146. Versión de Pablo Cabañas. Madrid, Editorial Castalia, 1982, p. 62.

²² *Ibid.*, est. 148, p. 62

²³ «Armas de fuste», dice el v. 1586 del *Cantar de Mío Cid*.

²⁴ Franco CARDINI, «El guerrero y el caballero», *El hombre medieval*, ob. cit., p. 105.

tervenir a la Iglesia. Inocencio II condenó, en 1130, los torneos ya arraigados en la Europa occidental, en Palestina, Bizancio y en el mundo musulmán, por considerarlos ferias de exhibición de fuerza y de temeridad. Pocos años después (1139), el II Concilio de Letrán confirmó la condena y prohibió enterrar en sagrado a quienes murieran en torneo. Juan XXII, en 1316, levantó las sanciones contra los torneos, debido a que habían perdido la ferocidad anterior.

6. El juego de los tablados

Los tablados eran castillos de tablas a los que los caballeros debían derribar, lanzándoles sus lanzas desde sus caballos. Es el ejercicio del *lançar a taulat* luliano, juego practicado en el siglo XII, según testimonio de Mío Cid:

«Todas las sus mesnadas en gran deleyt estaban,
armas tenien e tablados crebantavan»²⁵.

Para celebrar las bodas con los Infantes de Carrión,

«fizo mio Cid fincar siete tablados:
antes que entrassen a yantar todos los crebantaron»²⁶.

Suele emplearse la expresión de lanzar o arrojar «bohordos» a los tablados: «E después de comer caualgaron los caualleros e fueron a jugar e a bohordar como solían»²⁷. En otro lugar:

«Fízole armas a su medida, e facíale cabalgar e bohordar
por el campo»²⁸.

En los romances caballerescos se hallan huellas de estos juegos deportivos, en los que se acrisolaba la fama y habilidad de los jóvenes nobles. La tragedia de los siete infantes de Lara y de su educador Nuño Salido comienza en un juego de este tipo:

«En el arenal del río
esa linda doña Lambra,
con muy grande fantasía,
altos tablados armara;
tiran unos, tiran otros,
ninguno bien bohordaba.

Gonzalo, el menor de los infantes de Lara, sale de su palacio e intenta derribar el castillo que se mantiene en pie, sin que ningún caballero lo derribe. Esta es la descripción del juego:

²⁵ *Mío Cid*, v. 1601 y 1602

²⁶ *Ibid.*, v. 2249 y 2250. El mismo ejercicio en v. 2613.

²⁷ *G. Conquista de Ultramar*, c.1295. Citado en M. ALONSO, *Diccionario...*, ob. cit., I, p. 534.

²⁸ *Amadís de Gaula*, c.1496. En M. ALONSO, *Diccionario...*, ob. cit., p. 534.

Llega a la plaza al galope,
pedido había una vara,
y vido estar el tablado
que nadie lo derribara;
alzóse en las estriberas,
con él en el suelo daba»²⁹.

7. Juego de cañas

Una de las alusiones más antiguas respecto a este juego se halla en el *Libro de Apolonio*, en el que se describe el rey de Tiro como buen deportista que disfrutaba con las hazañas deportivas conseguidas con sus cortesanos. Uno de los juegos practicados era éste de cañas, como dice el autor anónimo:

«todos consigo, cañas
y varas rectas traen, muy bien hechas, extrañas»³⁰

Sebastián de Cobarrubias, en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, indica que este juego es muy popular en España y está minuciosamente descrito en la *Eneida*. Se llama «juego troyano», por su origen y es un simulacro de lucha a caballo. «Primero desembaraçan la plaça de gente, haze la entrada con sus quadrillas distintas, acometen, dan buelta, salen a ellos los contrarios», etc³¹.

Abundan los testimonios literarios sobre este juego. Tras la conquista de Antequera y las treguas firmadas con el rey de Granada, se realizaron fiestas y bodas en Sevilla con los caballeros que acudieron: «Obo muchos juegos de cañas, e mucho placer», sintetiza Alvar García de Santa María, en su *Crónica de Juan II de Castilla*³².

Martín Alonso, en su repetidamente citado *Diccionario*, incluye varios textos relativos a este popular juego:

«Cantava e tañía bien, e aun en el justar e juegos
de cañas se auia bien»³³.

En el *Cancionero de Baena* (c. 1406-1445) se dice:

«Trastorné tierras estrañas
con grant cobdicia e deseo
de mirar el grant torneo
justas e juegos de cañas»³⁴ .

²⁹ R. MENÉNDEZ PIDAL, *Flor nueva de romances viejos*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 13ª edic., 1962, pp. 95 y 97.

³⁰ *Libro de Apolinio*, ob. cit., p. 62

³¹ S. COBARRUVIAS, *Tesoro...* Madrid, México, Ediciones Turner, 1979

³² Edición de Juan de Mata Carriazo. Real Academia de la Historia. Madrid, 1982, p. 408.

³³ Pérez de GUZMÁN, *Generaciones y semblanzas* (1450-55).

³⁴ Citado por M. Alonso, *Diccionario...*, «caña», p. 611.

Y, por último, en la *Crónica de D. Alvaro de Luna* (c. 1453), se alude a treinta caballeros que «jugaron cañas».

8. El Paso de las armas

Una variante de los juegos de exhibición a caballo y con lanza era el «paso de armas» (*pas d'armes* en Francia y *tournei a sogetto* en Italia). Se les llamó también «pasos honrosos». Si en los torneos luchaban grupos de caballeros divididos en equipos, el paso de armas era una variante de la justa, en la que combatían sólo dos antagonistas. Fue famoso el *Passo honroso* mantenido por Suero de Quiroga a la salida de la ciudad de León, cerrando el paso a los caballeros que se dirigían a Santiago de Compostela, en el puente sobre el Órbigo. Hizo un voto de quebrar 300 lanzas durante catorce días, ayudado por diez mantenedores³⁵.

El *Passo honroso*, afirma Martín de Riquer, nació en la casa del condestable Alvaro de Luna como respuesta al Paso de la Fuerte Ventura organizado anteriormente por don Enrique de Aragón.

En estos *pasos* siempre hay jueces, que son caballeros ancianos experimentados, reyes de armas, heraldos, trompetas, notarios que levantan acta de lo sucedido y un nutrido público de damas y caballeros. Son auténticos espectáculos deportivos, llenos de colorido y de alardes viriles, a los que acuden los caballeros jóvenes deseosos de darse a conocer y los experimentados para conservar y acrecentar su prestigio³⁶. El cebo suele ser un lugar muy transitado, una fuente, una doncella, un árbol, o un ave de cetrería, según indica Riquer.

Además de Suero de Quiñones y Lope de Estúñiga, principales mantenedores del Paso Honroso de León, fueron famosos Juan Niño y Pero Niño, héroe del *Victorial*, los catalanes Franci Desvalls y Rimbau de Corbera, que midieron valientemente sus armas con los castellanos de León, don Alvaro de Luna y Diego Valera. Este último, según juicio de Menéndez Pelayo, era «aventurero político, en cuya vida andan mezcladas empresas de caballería andante con planes de arbitristas, fechorías de corsario y habilidades de periodista de oposición»³⁷.

Diego Valera, famoso justador y empedernido arbitrista, se crió en la corte de Juan II de Castilla como doncel. Asistió con los demás donceles a la expedición al reino de Granada de 1431 y a la batalla de Higuera. En 1437 inició su etapa de aventuras por Europa, llevando cartas de presentación, como era costumbre, de su rey, en Francia y Praga. Escribió un tratado titulado *En defensa de virtuosas mujeres*, dedicado a la reina María de Castilla y León³⁸, un *Espejo de verdadera nobleza*, destinado al rey Juan II, apoyándose en materiales de Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Valerio Máximo, etc. Es autor también de un *Cirimonial de Príncipes* y un *Doctrinal de Príncipes* dedicado al rey Fernando de Castilla y Aragón³⁹.

³⁵ Sólo se rompieron 177 lanzas frente a 68 aventureros españoles, portugueses y algunos extranjeros.

³⁶ M. DE RIQUER, *Caballeros andantes españoles*. Madrid, Espasa-Calpe, Col. Austral, 1967, p. 59.

³⁷ *Antología de poetas líricos*, Madrid, 1944, II, p. 220 (según cita de Mario Penna, BAE, 116, Madrid, 1959, p. XCIX).

³⁸ BAE, 116.

³⁹ Es un breve tratado sobre las principales virtudes del rey.

De esta misma época de mediados del siglo XV son otros numerosos caballeros amantes de las letras y de las aventuras, en mayor o menor medida, que dejaron tratados sobre la educación del caballero. No puede olvidarse a Alfonso de Cartagena (1384-1456), autor del *Doctrinal de caballeros* (Burgos, 1487), inspirado fundamentalmente en las *Partidas*; *El Victorial. Crónica de don Pero Niño* (c. 1448), debido a Gutiérrez Díez Games, que es un verdadero tratado del ideal caballeresco; a Alfonso de Palencia (1432-1492), amigo y familiar de Alfonso de Cartagena, en cuya casa se educó y vivió hasta los diecisiete años, en que marchó a Italia, donde aprendió humanidades y griego con el célebre cardenal Bessarión y otros maestros famosos; a Fernando del Pulgar, a Iñigo López de Mendoza...

En resumen, los caballeros medievales, a medida que avanza el humanismo y se produce la simbiosis de las armas y las letras, pierden la fiereza de los siglos anteriores y se humanizan progresivamente. Siguen, no obstante, conservándose los ejercicios tradicionales y la permanente puesta a punto, bien para la guerra, siempre probable, bien para los festivales de exhibición: justas, torneos, pasos de armas, duelos, etc.

El carácter lúdico y popular de estos juegos deportivos no evitaban el riesgo de accidentes, en ocasiones, mortales, razón por la que la Iglesia los vio con poca simpatía y se opuso a ellos con sus condenas, que la presión social y la afición a los mismos volvieron inútiles.

El mito del caballero andante sobrevivió siglos después de que las nuevas armas y estrategias militares introducidas en el arte de la guerra lo habían convertido en un puro anacronismo. Poco podía hacer la bravura del caballero ante el arco, la ballesta y la pólvora generalizados a lo largo del siglo XV. Sobrevivió, no obstante, con toda su fuerza en las innumerables novelas de caballería y en la memoria popular. *Tirant lo Blanc* y don Quijote de la Mancha sólo podían «meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras» para delicia de sus admiradores.